

teorema

Vol. XXX/1, 2011, pp. 179-191

ISSN: 0210-1602

[BIBLID 0210-1602 (2011) 30:1; pp. 179-191]

REVISTA DE LIBROS

Fiction and Fictionalism, de R. M. SAISNBURY, LONDON AND NEW YORK, ROUTLEDGE, 2010, 243 pp.

Fiction and Fictionalism abarca, como su propio título indica, dos grandes temas relacionados con la ficción. De un lado, aborda la cuestión de su definición y el problema de la verdad de los enunciados que contienen términos ficticios –cuestión que desemboca en el debate en torno al realismo o irrealismo con respecto a las entidades ficticias. De otro, analiza y discute las diversas concepciones ficcionalistas que, desde la década de los 80 del pasado siglo, vienen proponiéndose como alternativas meta-teóricas a las concepciones realistas, reduccionistas o eliminativistas que han poblado la discusión contemporánea acerca del status de los discursos científicos y morales. Aunque la cuestión central del libro es la de cómo dar cuenta del carácter veritativo de los enunciados que contienen términos ficticios, Sainsbury pretender examinar en el capítulo final la relación entre esta cuestión y el modo en el que hemos de interpretar el ficcionalismo. Si entendemos por ficcionalismo la defensa de la idea de que cierto tipo de discursos comparten la naturaleza ficcional de algunas obras literarias o artísticas –en el sentido de que no enuncian nada acerca de cosas o propiedades que existan realmente– parece natural, como concluye el autor, que la única interpretación de la ontología de los objetos ficticios aceptable para el ficcionalista es el irrealismo.

Sainsbury dedica las páginas iniciales a recorrer las principales teorías de la ficción señalando algunos de los problemas clásicos asociados a cada una de ellas. Su propia concepción se alinea con la teoría intencionalista de G. Currie –quien sostiene que una obra es ficticia si y solo si es el producto de una intención ficcional– aunque trata de ampliar su alcance para dar cuenta del mito como discurso ficticio a pesar de que en su producción no esté presente una intención ficcional. Considera asimismo el problema de la racionalidad de nuestras emociones ante la ficción a la luz de la discusión de la concepción de K. Walton de la representación como *make-believe* (hacer como que se cree). En opinión del autor, la explicación waltoniana de nuestra respuesta ante la ficción como una quasi-emoción o emoción imaginada es poco plausible. La razón por la que imaginar que respondemos emocional-

mente ante el contenido ficticio no parece describir correctamente lo que sucede cuando respondemos ante la ficción es que la aparente falta de control que experimentamos ante nuestras propias reacciones emocionales en la apreciación de la obra no parece congruente con la libertad que suele atribuirse a la actividad imaginativa. Por otra parte, el carácter ficticio —es decir, no verídico— de los contenidos que supuestamente causan nuestras emociones ante la ficción no es óbice para que dichos contenidos puedan explicar y justificar la emoción. De acuerdo con Sainsbury, la emoción es una forma de percepción que posee cierta coloración o valencia. Así, podemos analizar las emociones ante la ficción como un caso análogo al fenómeno de la ilusión perceptiva. En ambas situaciones, nos dice, hay una asimetría entre lo que creemos acerca del mundo y cómo éste se nos aparece. Nuestras creencias son las correctas, pero los contenidos de la percepción y de la emoción permanecen, por así decirlo, aislados de dichas creencias. Sin embargo, dichos contenidos se nos presentan de forma vívida y tienden a generar en nosotros las actitudes que se corresponderían con la creencia de que el mundo es tal y como se nos presenta. En este sentido, las emociones ante la ficción pertenecen a la misma familia que las fobias o las emociones irracionales. Sabemos que la araña no es peligrosa pero no podemos dejar de verla como amenazante si así se nos presenta en nuestra experiencia perceptiva. Con esta explicación, Sainsbury consigue mostrar que la emoción puede ser independiente de la creencia —aunque no de una determinada forma de percibir el mundo—, pero no parece ofrecer una explicación de la racionalidad de dichas emociones (cuestión central en el planteamiento clásico de la paradoja de la ficción)

Como se ha señalado anteriormente, una de las motivaciones principales de este trabajo es la de dar una respuesta coherente y —en la medida de lo posible— exenta de problemas a la cuestión del significado de enunciados que contienen términos ficticios. De hecho, es a esta cuestión a la que el autor dedica sus más extensos y esforzados argumentos. Sainsbury estructura esta parte en dos grandes bloques: por un lado, examina las diversas teorías realistas con respecto a los objetos ficticios (capítulos del 2 al 5) y, por otro, la concepción irrealista de la ontología de la ficción (capítulo 6).

La motivación principal del realismo es la de dar sentido a nuestra intuición de que enunciados como “Holmes es un detective” o “Holmes fue creado por Conan Doyle en 1887” sean literalmente verdaderos. Desde una concepción del significado como referencia, solo si el objeto al que términos como “Holmes” refiere es real, podremos explicar el carácter verdadero de estos enunciados. El realista, sin embargo, se enfrenta a dos problemas generales: en primer lugar, el problema de determinar qué tipo de objeto subyace al término ficticio puesto que parece claro que entidades como “Holmes” no son del tipo que podamos determinar espacio-temporalmente. El rango de posibles objetos “exóticos” que satisfagan el término “Holmes” va desde objetos reales pero no-existentes hasta entidades abstractas, pasando por entidades me-

ramente posibles. En segundo lugar, es posible cuestionar el presupuesto de que los enunciados que contienen términos ficticios sean *literalmente* verdaderos. Después de todo, no parece que nuestra forma de interpretar y usar estos términos requiera que consideremos en sentido literal los enunciados en los que figuran. Y en este sentido, una noción de verdad relativa-a-la-ficción o un operador del tipo “En la ficción, p” bastarían para dar cuenta del valor veritativo de estos enunciados.

Sainsbury propone una solución al problema del significado de los términos ficticios apelando a su concepción conocida como de la “referencia sin referente” (*reference without referents*, abreviado *RWR*), brevemente expuesta en un apéndice al capítulo 2 –y anteriormente desarrollada en el libro del mismo título en 2005–. De acuerdo con esta concepción, de inspiración fregeana, un término puede ser inteligible a pesar de carecer de referente. En Frege esta idea vendría articulada gracias a la distinción entre sentido y referencia –aunque para él, en sentido estricto, los enunciados que contienen términos ficticios no son ni verdaderos ni falsos. La idea relevante es justamente que la inteligibilidad de un término no exige que exista un objeto al que el nombre refiera. Sainsbury recoge esta idea pero la articula de un modo que evite las críticas clásicas de Kripke y Putnam al descriptivismo que se asocia con la concepción fregeana. Tal y como expone en su anterior obra, es posible dar cuenta de la referencia de términos vacíos una vez que adoptamos dos ideas: En primer lugar, según Sainsbury, hemos de reconocer que algunos términos de nuestro lenguaje son irreducibles, es decir, que el modo en el que fijamos su significado no es reducible a una descripción del término. Por ejemplo, los términos que refieren a colores serían de este tipo. En segundo lugar, hemos de rechazar la idea de que cuando fijamos el significado de un término irreducible el modo en el que ese significado se determina es mediante alguna conexión entre el término y el mundo. El modo en el que términos como “Pegaso”, por ejemplo, adquieren significado es ligando el término a una propiedad –la propiedad “ser Pegaso”; de tal manera que “Pegaso” está por algo solo en el caso de que ese algo sea Pegaso–. Así, es posible que ningún objeto satisfaga la propiedad “ser Pegaso”, en cuyo caso el nombre es vacío, pero su significado está garantizado por el hecho de que el nombre refiere a cualquier cosa que posea dicha propiedad; sin embargo, al contrario de Frege, los enunciados que contienen términos vacíos son falsos.

De este modo, el enunciado “el *best-seller* que escribiré el próximo año” es, de acuerdo con Sainsbury, perfectamente inteligible pero carece de referente. Finalmente, los enunciados que contienen términos ficticios son falsos (puesto que no existe nada que los satisfaga; son términos vacíos) pero poseen significado y pueden generar enunciados verdaderos cuando están determinados por operadores adecuados.

Tras analizar y criticar las diferentes versiones del realismo, Sainsbury defiende la concepción irrealista como aquella que conserva la capacidad ex-

plicativa de la opción realista sin los costes ontológicos de aquella. Las diversas caracterizaciones realistas de los objetos ficticios como objetos no-existentes, objetos no reales u objetos abstractos parecían encontrarse con serios problemas a la hora de explicar, por ejemplo, la creación de los personajes ficticios o el problema de los personajes de la ficción dentro de la ficción. La principal estrategia elaborada en el capítulo 6 es la de mostrar que el tipo de enunciados que parecían exigir una interpretación realista de los términos ficticios son explicables desde un marco irrealista. Por ejemplo, pese a que supuestamente solo adoptando una postura realista podemos dar cuenta de la verdad de enunciados como “Ana Karenina es más inteligente que Madame Bovary”, Sainsbury muestra cómo es posible interpretarlos desde un marco irrealista preservando su verdad. El irrealismo, sin embargo, ha de reinterpretar la noción de verdad de manera que un enunciado como “Holmes es un detective” es verdadero relativo a la ficción creada por Conan Doyle. Es decir, ha de caracterizar la noción de verdad para los enunciados que contienen términos ficticios como verdad relativa a una ficción –noción que, a su vez, es caracterizada en términos de aserción relativa a una presuposición–. Sainsbury ilustra con algunos ejemplos la noción de verdad relativa a una proposición. Por ejemplo, señala cómo un grupo de antropólogos pueden discutir acerca de si determinados dioses son más importantes que otros en una cultura particular sin que por ello se estén comprometiendo en sentido estricto con la existencia de entidades divinas. La verdad de sus descripciones del perfil religioso de la cultura a la que dedican sus investigaciones no depende de que existan realmente los dioses a los que se refieren; basta con que se presuma su existencia –quizá como una estrategia para comprender la postura del sujeto perteneciente a esa cultura– para producir enunciados que pueden valorarse como verdaderos o falsos. La discusión filosófica –o contextos ordinarios en los que operamos presuponiendo que ciertas cosas serán el caso– también proporciona abundantes ejemplos de verdad relativa a una presuposición.

En general Sainsbury considera el discurso de ficción como un caso particular del fenómeno de la intensionalidad y retoma el debate en torno a cómo dar cuenta de la contribución al significado que el contenido intensional puede aportar a un enunciado, sin necesidad de asumir que para que un estado intensional sea sobre algo, ese algo tenga que existir. Sainsbury considera, pues, que el irrealismo parece capaz de explicar la verdad de los enunciados ficcionales sin apelar a entidades “exóticas”.

Otra cuestión sería si la presuposición con respecto a la que podemos valorar un enunciado es a su vez verdadera o falsa. Sainsbury no parece considerar que responder a esta cuestión aporte nada relevante a la cuestión de la validez del irrealismo. En realidad, si consideramos que el discurso paradigmático de la ficción literaria no pretende, más allá del contexto de ficción, aseverar ningún contenido, no parece que sea necesario responder a esta pregunta.

Finalmente, los capítulos 7-10, exponen y discuten las principales motivaciones y argumentos a favor del ficcionalismo en sus distintas versiones: constructivismo empírico, ficcionalismo acerca de los enunciados matemáticos, ficcionalismo modal, ficcionalismo acerca de los mundos posibles y ficcionalismo moral. Sainsbury señala que una motivación general para la defensa del ficcionalismo es lo que llama el “escrúpulo” ontológico; es decir, el ficcionalista espera preservar el valor y la utilidad de las teorías pese a que, debido al tipo de entidades a las que hacen referencia, sea preferible interpretar como meras ficciones y no como proporcionando conjuntos de enunciados verdaderos en sentido estricto. Ser un ficcionalista es, pues, adoptar una actitud de *aceptación* en lugar de una actitud de creencia hacia los enunciados –científicos o morales– que se consideran como ficticios. *Aceptar* un enunciado –frente a creerlo– no nos compromete a reconocer la existencia de las entidades a las que se refieren los términos problemáticos que figuran en dicho enunciado. Sin embargo, en ocasiones, algunas formas de ficcionalismo exigen que las teorías científicas respondan, hasta cierto punto, a aspectos del mundo, en el sentido de que exhiban adecuación empírica u observacional. Así, por ejemplo, aunque tan ficción es la teoría geocéntrica como la heliocéntrica, es preferible la segunda a la primera dada su capacidad para predecir más –y con mayor exactitud– hechos observables. Sin embargo, la concepción ficcionalista de la relativización del valor de una explicación a la teoría de la que forma parte, entra en tensión con nuestra intuición de que no todas las explicaciones posibles de un mismo fenómeno son igualmente válidas. Solo serán válidas las explicaciones que se deriven de teorías *correctas*; pero esta es una determinación que está fuera del alcance de una concepción ficcionalista.

Asimismo, Sainsbury señala las dificultades a las que se enfrenta el ficcionalismo acerca del discurso modal y, en particular, del discurso modal interpretado según la teoría de mundos posibles. Un ficcionalista considera pues que la existencia de mundos posibles es una mera hipótesis o ficción dentro de la que podemos formular ciertos enunciados modales. Sainsbury señala diversos problemas que afectan a las formulaciones concretas del ficcionalismo modal y el ficcionalismo acerca de los mundos posibles. Entre ellos, uno de los problemas irresolubles es el de proporcionar un criterio para elegir entre diferentes concepciones de mundos posibles; por ejemplo, entre una donde la relación de accesibilidad es intransitiva y otra en la que es transitiva. Si la creación de ficciones es una actividad esencialmente libre y si, al contrario de lo que sucede en el caso de las teorías empíricas, no contamos en el caso del discurso modal con el constreñimiento derivado de la capacidad predictiva de una teoría, no parece que tengamos ningún tipo de razón para elegir, dentro del marco ficcionalista, entre una u otra concepción de mundos posibles.

El último tipo de ficcionalismo que Sainsbury analiza tiene por objeto el discurso moral. Dentro del debate entre cognitivistas y anti-cognitivistas, el ficcionalismo se situaría entre los segundos. La versión discutida por Sainsbury es la de Kalderon (*Moral Fictionalism*, Oxford, Clarendon Press, 2005) que apela a la naturaleza de la discusión moral para justificar el ficcionalismo. En particular, Kalderon articula un argumento que tiene las siguientes premisas: (i) si el discurso moral tiene carácter cognitivo, entonces el desacuerdo acerca de las razones en los casos morales genera la obligación laxa a seguir investigando y (ii) es permisible ser intransigente, esto es, no seguir investigando, en los casos de desacuerdo moral sobre qué cuenta como una razón. La conclusión es que el discurso moral no es cognitivo, de manera que se favorece una interpretación ficcionalista del mismo. A pesar de que el argumento es correcto es posible criticarlo, señalando, como hace Sainsbury, la falsedad de las premisas. Ni parece cierto que podamos justificar la permisibilidad de la intransigencia en el caso del discurso moral, ni parece obvio que la permisibilidad de la intransigencia sea una marca necesaria del carácter cognitivo de un discurso –Sainsbury propone un caso de disputa irresoluble entre dos médicos con respecto a la interpretación de ciertos síntomas que puede permanecer irresoluble cuando se han aportado todas las razones que apoyan cada uno de los diagnósticos–. Así, se pone de manifiesto que la discusión moral no se diferencia sustancialmente de las discusiones en otros ámbitos de orden cognitivo, incluso cuando analizamos los casos de desacuerdo irresoluble. Un problema ulterior de la adopción de una postura ficcionalista con respecto al discurso moral es el de explicar cómo enunciados que simplemente consideramos como ficción pueden motivarnos o emocionarnos correspondientemente en el ámbito práctico.

Por último, Sainsbury aborda en el capítulo 10, la prometida cuestión de la relación entre el ficcionalismo y la concepciones metafísicas de la ficción que se han discutido en los capítulos anteriores. La conclusión que ofrece es que el ficcionalismo solo es compatible con una concepción irrealista de la ontología de la ficción. En cualquier caso, y como señala Sainsbury, la validez del ficcionalismo requiere de argumentaciones que van más allá de las razones que justifican el irrealismo. Principalmente, el ficcionalismo resulta incapaz de proporcionar un criterio de selección entre teorías puesto que renuncia a toda noción de adecuación o correspondencia con los hechos que le permita distinguir la validez o corrección de una teoría sobre otra.

Sainsbury ofrece, pues, un exhaustivo recorrido por las principales posiciones tanto de la literatura acerca de la ontología de la ficción como de la posición ficcionalista con respecto a los discursos científico y moral, tratando de averiguar las posibles conexiones que pueda haber entre ambos problemas. En general, su preocupación está esencialmente ligada a la cuestión de la verdad de los enunciados que contienen términos ficticios. Es en ese terreno en el que se juegan, no solo nuestros compromisos ontológicos acerca de

las entidades de ficción, sino el tipo de interpretación que ha de recibir la postura ficcionalista. Pese a que nos ofrece una aportación propia al debate en torno al problema de la verdad en la ficción –su teoría de la “referencia sin referentes”–, dedica proporcionalmente más esfuerzos a rebatir otras posturas alternativas que a mostrar los beneficios de su propia postura. Se echa en falta una explicación de cómo su posición –que podríamos encuadrar dentro del racimo de teorías irrealistas– satisface las necesidades explicativas que se vienen señalando a lo largo del libro y evita los problemas que puedan socavar a las teorías rivales. Asimismo se echa en falta una atención más rigurosa a la cuestión de la respuesta emocional ante la ficción –cuestión que apenas resuelve y a la que refiere exclusivamente por su interés para la cuestión del status del discurso ficticio–.

En definitiva es esta una obra en la que podemos seguir una discusión rigurosa y completa de la posturas que pueblan el debate contemporáneo en torno a la ontología de la ficción y que alcanza a reflexionar sobre el problema del ficcionalismo una vez que establece la interpretación correcta de la ontología de la ficción.

María José Alcaraz León
Departamento de Filosofía
Universidad de Murcia
Edificio “Luis Vives”, Campus de Espinardo
E-30100 Murcia
E-mail: mariajo@um.es

La voluntad de creer y otros ensayos de filosofía popular, de WILLIAM JAMES. INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE RAMÓN VILÀ VERNIS, BARCELONA, MARBOT EDICIONES, 2009, 380 pp.

La conmemoración del centenario de la muerte de William James (1842-1910) ha traído consigo una renovación del interés por el pensamiento y las obras de este fascinante profesor de Harvard, considerado habitualmente como uno de los fundadores de la psicología contemporánea y, sin duda, el mayor difusor del pragmatismo en la primera década del siglo xx. *The Will to Believe and Other Essays in Popular Philosophy*, que vio originalmente la luz en 1897, fue el primer libro de filosofía de James. Reunió en ese volumen diez ensayos que había pronunciado como conferencias ante muy diversos auditorios entre 1879 y 1896. La calificación en el título de “filosofía popular” puede resultar un tanto engañosa. No se refiere a que lo textos no sean técnicos, pues nunca los textos de James fueron técnicos, sino más bien a que